

poder, es hacer patente á los que han creído que todo era felicidad, ventura y libertad en las colonias inglesas, que la Nueva España tuvo la dicha de haber sido gobernada por una série de vireyes que, con muy rara excepcion, solo se ocuparon en el bien de la raza indígena, gobernando paternalmente el país entero, haciéndose amar de todos sus gobernados. Muchos de los gobernadores enviados por los reyes de Inglaterra á sus colonias de América, iban, segun hemos visto, como á un destierro disimulado y honroso, mientras los gobernantes que los monarcas de Castilla investian con el mando de vireyes, eran hombres escogidos por su honradez, su elevada posicion social, su saber, sus conocimientos en los asuntos de gobierno y por los servicios prestados á la patria. Desde el virey Mendoza, que fué el primero que con ese elevado carácter marchó á Nueva España, hasta O-Donojú que fué el último, esto es, en la serie de sesenta y dos vireyes que rigieron los destinos de aquel vasto y rico país en los trescientos años que estuvo unido á la metrópoli, no se encuentran cuatro que hayan dejado de merecer el aprecio de sus gobernados, y aun de ese insignificante número, no se puede sacar uno á quien se pueda aplicar el nombre de tirano. La respetable pluma del ilustrado historiador D. Andrés Cavo ha consignado en su digna obra *Los tres siglos de Méjico*, las virtudes que distinguieron á los gobernantes que rigieron los destinos de la Nueva España, y su juicio es el elogio mas imparcial que el amante al estudio de la historia puede tener de los que tuvieron el poder. En términos igualmente favorables se expresa el vehemente escritor, tambien mejicano, D. Carlos Maria Bustamante, ex-

cepto de los dos vireyes que combatieron la revolucion promovida por el cura D. Miguel Hidalgo en Setiembre de 1810, y nada, por lo mismo, puede presentarse menos sospechoso para el público que los elogios que, haciendo justicia al mérito, prodiga, como hombre honrado, á los que tuvieron á su cargo el gobierno de la Nueva España. Muchos de sus dignos vireyes, empleando hasta su sueldo en beneficio del país que gobernaban, tuvieron necesidad de que el monarca les pagase el viaje de vuelta á España por carecer de medios para hacerlo (1). Entre esos vire-

(1) Hé aqui el honroso juicio emitido por imparciales escritores mejicanos, dando á conocer las excelentes cualidades de los gobernantes que tuvieron á su cargo los destinos de la Nueva España. Hablando de los vireyes que tuvieron el mando en el siglo xvi, dice el padre D. Andrés Cavo, en *Los tres siglos de Méjico*, empezando por D. Antonio de Mendoza, que fué el primero, «que su salida del país fué con sentimiento universal de aquel reino, pues sus virtudes lo hicieron acreedor á la confianza que en él habian tenido los vecinos de aquel nuevo mundo. Pero los que dieron mayores muestras de dolor, fueron los mejicanos, que perdian un padre». Del segundo virey de la Nueva España D. Luis de Velasco que sucedió á Mendoza, se expresa así: «Divulgada por Méjico su muerte, todos se vistieron de luto, y lo lloraron los mejicanos y los españoles, no de otra manera que si perdieran un padre comun». Poco despues pone un párrafo de la carta escrita al monarca por el cabildo eclesiástico que, aunque lo he dado á conocer al hablar del gobierno del expresado gobernante, creo deber colocar aqui las últimas palabras que el padre Cavo transcribe: «Murió el postrer dia de Julio muy pobre y con muchas deudas, porque siempre se entendió de tener por fin principal hacer justicia con toda limpieza, sin pretender adquirir cosa alguna mas de servir á Dios y á V. M., sustentando el reino en sana paz y quietud». Hablando del tercer virey Don Gaston de Peralta, elogia «sus sentimientos de humanidad y su prudencia». De D. Martin Enriquez Almansa, que fué el cuarto virey, habla en términos los mas honoríficos. De su sucesor D. Lorenzo Suarez de Mendoza, asienta que «era sugeto muy recomendable, asi por su nobleza como por sus aventajadas partes»; que «desde los principios de su gobierno dió muestras de la afabilidad que lo caracterizaba»; que «á ninguno de los que tenian negocios que tratar

yes que con noble desprendimiento emplearon hasta sus bienes en beneficio de sus gobernados se cuenta D. Luis de Velasco, que murió estando en el poder. Recomendando el cabildo eclesiástico de Méjico á Felipe II, la manera acertada y generosa con que habia gobernado, le dice:

con él, se negó»; y que «era ministro integro». Del sexto virey D. Pedro Moya de Contreras, dice que «era sugeto en quien concurrían las partes que se deseaban para el desempeño de empleo tan árduo». De D. Alvaro Manriquez de Zúñiga que sucedió al anterior, asegura «que se habia portado en su gobierno con tanta humanidad y aplicacion á los negocios, que se habia granjeado el afecto, no solo de los españoles, sino tambien de los indios». Del octavo virey D. Luis de Velasco, se expresa en términos los mas favorables, «dando pruebas en sus providencias del amor que tenia á Méjico»; y no es menos favorable su calificacion con respecto al virey D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, noveno virey, en cuyas manos se hallaban las riendas del gobierno de la Nueva España al terminar el siglo xvi.

En términos igualmente favorables habla el apreciable escritor, tambien mejicano, D. Manuel Rivera, en su obra *Los gobernantes de Méjico*, al hablar de los vireyes mencionados: y no es menos justo con ellos el respetable historiador, compatriota de los anteriores, D. Lucas Alaman. La tiranía y el oscurantismo eran, pues, imposibles con gobernantes calificados por todos de probos, justos, filántropos, humanos y amantes de las letras.

Continuando el historiador D. Andrés Cavo dando á conocer los vireyes, dice, hablando de los que ocuparon el poder en el siglo xvii, y empezando por el primero que fué el conde de Monterey, «que gobernó con el desinterés y justicia que le caracterizaba». Y añade: «A la verdad, el conde de Monterey fué uno de aquellos ministros adornados de todas las virtudes que á las veces pone Dios en puestos eminentes para la felicidad de los pueblos». Al segundo, que fué el marqués de Montesclaros, le cita como «modelo de prudencia y rectitud». De su sucesor D. Luis Velasco asienta el Sr. Rivera, que «dos rasgos mas notables del carácter de Velasco encuéntranse en los sentimientos filántropicos que mostró para con los indios, cuyos males trató de aliviar interesándose en sus desgracias como si fuesen propias». El padre Cavo dice del cuarto virey, «que murió con sentimiento general de toda la Nueva España», y que «el mayor elogio de este arzobispo (y virey) es que nadie se quejó de su gobierno». Elogia á su sucesor con estas palabras: «El marqués de Guadalcázar despues de una gobernacion pura y pacífica de ocho años, fué nombrado virey del Pe-

«Ha dado en general á toda esta Nueva España muy gran pena su muerte, porque con la larga experiencia que tenia, gobernaba con tanta rectitud y prudencia, sin hacer agravio á ninguno, que todos le teniamos en lugar de padre. Murió el postrer dia de Julio, muy pobre, y con

rú». Del marqués de Galvez, dice que por haber castigado á los salteadores de camino real «el pueblo le llamó juez severo, titulo que redundaba en su gloria»; y únicamente le censura, la competencia que sobre punto de jurisdiccion entabló con el arzobispo, dando ocasion al motin en que el pueblo le llamó hereje, aunque dice que otros daban la razon al virey. Del virey que le sucedió asegura que, «con su porte humano se granjeó el afecto de los mejicanos». Del que le sucedió en el mando, «que gobernaba con justicia y humanidad». Del siguiente gobernante, «que se hallaba la Nueva España contentísima con el marqués de Villena». De su sucesor Palafox de Mendoza, asienta: «Que arregló los colegios», que á la «Universidad dió sabias leyes», que «fué incansable en el trabajo y tan desinteresado, que no recibió un real de las rentas de virey y visitador». Hablando del que entró á gobernar despues, dice: «Este virey, conde de Salvatierra, despues de un gobierno prudente que le ganó los ánimos de los mejicanos, se dispuso á partir al Perú». Del que le sucedió, que fué el obispo de Yucatan, nada dice, porque murió á los pocos dias de haberse hecho cargo del mando. En seguida hablando del nuevo virey que gobernó, dice: «La buena manera con que este caballero se hacia obedecer (el conde de Alba de Liste), le hizo tan recomendable á los mejicanos desde los principios, que pedían á Dios que su gobierno fuera duradero». De su sucesor, duque de Alburquerque, asienta, «que de sus virtudes se prendaron». Del conde de Baños, «que fué recomendable por su piedad y afabilidad»; que «los mejicanos le querian mucho; pero que su satisfaccion no fué cumplida, pues las pesadumbres que su hijo le causó le acibararon la vida». De su sucesor el obispo de Puebla, nada dice por no haber durado su gobierno mas que cuatro meses. Del marqués de Mancera, cuyas buenas disposiciones refiere, dice que se mostró «muy sagaz». Al hablar de su sucesor dice, que fué «muy caritativo y amante de los indios». De D. Payo Enriquez de Ribera, arzobispo de Méjico, que le sucedió en el mando, asegura, «que de tal modo supo templar la justicia con la mansedumbre, la liberalidad con la economía, que su gobierno servirá en los siglos venideros de ejemplo». Del conde de la Laguna, que siguió en el gobierno al arzobispo, refiere todas las importantes providencias que durante su gobierno dictó. Despues de mencionar las obras de bien público que hizo el

muchas deudas, porque siempre se entendió de tener por fin principal hacer justicia con toda limpieza, sin pretender adquirir cosa alguna, mas de servir á Dios y á V. M., sustentando el reino en suma paz y quietud». No fué menos desprendido de todo interés personal el virey, mar-

siguiente virey, dice: «En esto trabajaba el conde de Monclova, y la Nueva España, satisfecha de su rectitud y prudencia, se prometia grandes aumentos, cuando fué nombrado virey del Perú». De su sucesor, se expresa así: «El conde de Galve, despues de ocho años de gobierno, en los cuales se adquirió un inmortal nombre por su justicia y prudencia, se volvió á España». Del obispo de Michoacan D. Juan de Ortega Montañés que siguió en el gobierno al conde de Galve, nada dice por haber durado su gobierno unos cuantos meses. Del conde de Moctezuma, en cuyo gobierno terminó el siglo xvii, dice: «El conde de Moctezuma, despues de cuatro años de virey en que se mostró muy prudente, se volvió á España».

El juicio favorable del ilustre historiador mejicano D. Andrés Cavo, literato justamente respetado en Europa y en su patria, respecto de las nobles cualidades que distinguieron á los vireyes, es un documento respetable que destruye las erradas aserciones de algunos escritores que, sacrificando la verdad á sus preocupaciones, los han pintado como opresores. De esta manera han ofendido injustamente á los mejicanos que nunca hubieran sufrido un yugo vergonzoso que los envileciera, y se han manifestado poco sinceros con aquellos gobernantes con que se honraria cualquiera nacion.

El escritor D. Manuel Rivera, en su obra *Los gobernantes de Méjico* publicada en 1872, despues de haber hablado generalmente bien de los vireyes que precedieron el vigésimotercero, que fué el conde de Baños, empieza el capitulo con estas palabras que no están en armonía con lo que hasta entonces dice y que verdaderamente sorprende por lo inesperadas: «Las crónicas de testigos imparciales de aquella época», dice, «están de acuerdo en considerar á los vireyes en general como una calamidad, no solamente por el lucro que ejercian sino por la falta de sentimientos benévolos en bien de la generalidad y de ideas levantadas; representándoles como dóciles instrumentos de la corte, que obedecian ciegos con la sola condicion de que se les dejara formar una fortuna». El error en que incurre el Sr. Rivera está manifestado por el sabio y estudioso mejicano D. Andrés Cavo, en el favorable juicio que hace de esos vireyes. La autoridad del padre Cavo, como historiador, es reconocida universalmente, y su compatriota el laborioso escritor D. Carlos María

qués de las Amarillas. Mas amante del bien de los pueblos que de los intereses propios, «no solo no se hizo de caudal», dice el historiador mejicano D. Lucas Alaman, «sino que fué tan desinteresado, que á su muerte, la marquesa su esposa quedó sin medios para subsistir y volverse á España, á todo lo cual proveyó, con noble generosidad, el arzobispo D. Manuel Rubio y Salinas».

Bustamente, dice: «que su pluma es la de un sabio y tiene el temple de la de Plutarco»; que «su critica es juiciosa, su dición selecta y pura, su estilo sencillo y su imparcialidad á toda prueba». El Sr. Rivera no señala cuáles son esas crónicas de testigos imparciales de aquella época: pero el padre Cavo vivió en tiempo del vireinato, y es un testigo que habla bien. Tambien fueron testigos presenciales los mejicanos licenciado D. Gregorio Martin del Guijo, que dejó un diario manuscrito de todos los acontecimientos que presenció desde 1.º de Enero de 1648 hasta fin de 1664, y el colegial del colegio de San Pedro, licenciado D. Antonio de Robles, que apuntó los sucesos que se verificaron durante su tiempo desde el año de 1665 hasta el 25 de Enero de 1704, y ninguno de ellos se expresa mal de los gobernantes, siendo así que podian hacerlo, pues no escribian para publicar, sino por curiosidad de tener, en lo privado, consignado todo lo que habian presenciado.

Hablando de los vireyes del siglo xviii, hé aquí el honroso juicio que hacen de esos gobernantes los escritores mejicanos padre Cavo y D. Carlos María de Bustamante. Del duque de Alburquerque, dice el primero, «que habia gobernado la Nueva España con la mayor moderacion y prudencia, y que habia sabido preservarla de turbulencias y partidos». Del duque de Linares, que le sucedió, se expresa Alaman en los siguientes términos: «En el duque de Linares comienza la série de grandes hombres que gobernaron la Nueva España en los reinados de los príncipes de la casa de Borbon, hasta Carlos III.» El padre Cavo, hablando del mismo virey, dice: «El duque de Linares, sin perdonar á sus rentas, reparó las fábricas maltratadas y socorrió á los pobres cuyas casas se habian desplomado. Este caballero, desde que entró de virey, se mostró liberal y caritativo. Era, á la verdad, uno de aquellos hombres que por inclinacion son propensos á hacer bien, y los males comunes los sienten no de otra manera que los propios.» Del marqués de Valero, que le sucedió, se expresa así: «El marqués de Valero, despues de haber gobernado por seis años la Nueva España con singular prudencia, entregó el vireinato.» Hablando de D. Juan de

Que los vireyes entraban á gobernar con bastantes conocimientos del país. Varias causas concurrían á que los gobernantes se manifestasen dignos del elevado puesto que se les confiaba. Casi todos, como dejo dicho, eran hombres elegidos por su probidad, notables por su inteligencia, por su práctica en los negocios públicos, por su saber y por la buena reputación

Acuña, marqués de Casafuerte, que sucedió al anterior, dice: «Estaba dotado de todas prendas que parecía nacido para la felicidad de un gran reino. En su tiempo no hubo otros escalones para subir á los puestos, que los del mérito.» Del obispo virey Eguiarreta, elogia todas las providencias que dictó. Del duque de la Conquista, que siguió al anterior, dice: «El año que gobernó la Nueva España el duque de la Conquista, dió muestras de ser un gran ministro, y no hay duda que si la muerte no le corta los pasos, hubiera dado providencias utilísimas para la felicidad de aquel reino.» Hé aquí cómo se expresa del virey Fuenclara que le sucedió en el gobierno: «No obstante esta falta de comercio con la Europa, el reino de Méjico, bajo el suave gobierno del conde de Fuenclara, florecia cada día mas, y las rentas reales se aumentaban.» Al fin dice: «El conde de Fuenclara, que por sus partidas fué muy querido de los mejicanos, entregó el mando á su sucesor.» Del primer conde de Revillagigedo solo manifiesta «que entendía en el aumento de las rentas reales, y que en su tiempo crecieron éstas». Con efecto, sabido es, como dice el escritor mejicano D. Lucas Alaman, que «el conde de Revillagigedo mejoró mucho la administracion de la real hacienda y aumentó sus productos, sin olvidarse de sus propios intereses». Respecto á su carácter ni fué déspota ni cometió ningun acto que le hiciese temible. De su sucesor el marqués de las Amarillas, asegura «que era íntegro»; que «fué un ministro adornado de virtudes. El desinterés lo caracterizó; y esta fué la razon porque despues de cinco años de virey, dejó á la marquesa pobre». Al hablar de Cagigal de la Vega, que le sucedió en el mando, dice: «que su partida de aquel reino (Nueva España) fué muy sentida, pues su afabilidad esperaba á los mejicanos de que sería un buen virey». De la administracion del marqués de Cruillas se expresa favorablemente, y al hablar de su sucesor, marqués de Croix, asienta: que, «desde luego se echó de ver la integridad de que era adornado, pues no se pudo conseguir que aun recibiera aquellos regalos que se hacen á los vireyes recién llegados. Este modo de proceder tan desinteresado mantuvo por el tiempo de su gobernacion.» De Bucareli, que le siguió en el mando, se expresa el escritor mejicano D. Carlos Maria Bustaman-

que disfrutaban en la sociedad. A fin de que, al hacerse cargo del mando, tuvieran el suficiente conocimiento del país que iban á gobernar, el ministro de Indias, no bien recibían el nombramiento, les daba por escrito una relacion minuciosa del estado que guardaban todos los ramos, sin

te en los siguientes términos: «Era modelo de virtudes: bajo su sombra veía el rico un conservador de sus propiedades, el huérfano un amparador de su desolacion, el criminal un juez, el sabio un protector, el menestero un padre compasivo, la religion un apoyo, el militar un jefe esforzado y prudente. Su nombre era acatado por este inmenso continente, y al pronunciarlo, se presentaban las ideas correlativas é inseparables de sus virtudes.» De su sucesor Mayorga se expresa el mismo escritor en estos términos: «Mayorga incuestionablemente ha sido uno de los vireyes mas hombres de bien que ha tenido esta América; considéresele bajo cualquier aspecto por donde debe contemplarse un gobernante, y se le encontrará recomendable.» De Matías de Galvez, que le siguió en el poder, dice: «Méjico sintió verdaderamente la muerte de D. Matias de Galvez»; fué, agrega «un virey sincero á quien siempre guió en sus actos la virtud del candor»; luego añade: «era naturalmente bondadoso, compasivo, amigo de hacer el bien: no dejó un hombre quejoso, ni por su causa se derramó una lágrima dolorida, si no fué por su muerte». Las palabras que dedica á su sucesor, conde de Galvez, dicen así: «Expiró, regando su lecho con sus lágrimas y deplorando su desgracia millares de pobres que incesantemente acudían á saber de la salud del que llamaban justamente su padre.» Del gobierno del arzobispo virey Haro, dice: «que fué á placer de todos, pues se condujo con prudencia como fino cortesano y caballero que era». De su sucesor D. Manuel Flores elogia todas sus providencias y dice que era «un marino ilustrado», y que «su tertulia nocturna era de sabios». Habla de Revillagigedo, que le siguió en el mando, en los términos mas honrosos, y dice que «para elogiarlo dignamente, sería preciso que el orador fuese igual al héroe». Solamente del marqués de Branciforte, que le sucedió en el mando, se expresa en términos desfavorables, acusándole de codicioso y vano; pero jamás de cruel ni de severo, y aun aquellos cargos los hace apoyado únicamente en las palabras *se decia, se contaba*, dando por ciertas las anécdotas que se referían, y que, como he manifestado, tocan en lo inverosímil. El mismo D. Carlos Maria de Bustamante dice que Branciforte no estaba bienquisto «con la calidad de extranjero y por el renombre de avaro que habia adquirido». De Azanza, que tomó en

omitir nada de lo que pudiera servirles de algun provecho para la buena administracion, desarrollo de los diversos ramos de la industria y del comercio, así como de los elementos que condujeran á las provincias al engrandecimiento y prosperidad mas alta. Además de esta Instruccion, el Consejo de Estado les daba otra no menos importante; otra el Consejo de Indias; y cuando llegaban á Méjico, los vireyes salientes les dejaban las *Instrucciones*,

seguida el mando, se expresa en los siguientes términos: «D. Miguel José de Azanza es uno de aquéllos hombres cuya vida merece trasmitirse á la posteridad por sus virtudes.» De su sucesor Marquina dice que «los que conocian el fondo de caridad de este jefe, sintieron su separacion del mando». Luego agrega: «sus manos puras y su corazon recto bien merecen la gratitud de los mejicanos. ¡Dios les dé muchos Marquinas (añadé aludiendo á los presidentes de la época de 1837 en que escribia) que no los saquen ni derramen su sangre para su engrandecimiento personal!» Esta es la pintura honrosa que los escritores mejicanos han hecho de los vireyes que gobernaron en el siglo XVIII; no habiendo sido menos lisonjera, como hemos visto, la que hicieron de los del siglo XVI y XVII. Con esa série de gobernantes probos, honrados, caritativos y justos, segun los presenta el respetable historiador mejicano D. Andrés Cavo, y el nada sospechoso, en ese punto, D. Carlos María de Bustamante, quedan destruidas las acusaciones de algunos escritores que, dando crédito á relaciones inexactas, dictadas por las pasiones de partido, los han presentado tiranizando y oprimiendo á sus gobernados.

De los vireyes que gobernaron durante los veintiu años primeros del siglo XIX, en cuya época se realizó la independenciam de Méjico, veamos lo que dicen los escritores de aquel país que les conocieron y presenciaron los hechos. Don Félix Berenguer Marquina, que entró á gobernar en el último año del siglo XVIII y siguió en el poder durante los tres primeros años del siglo XIX, esto es, hasta el 4 de Enero de 1803, fué un gobernante honrado: «desde que tomó el mando, se aplicó con mucha laboriosidad al despacho», como asienta Don Carlos María Bustamante, haciéndole «sus manos puras y su corazon recto merecedor á la gratitud de los mejicanos», y «volvió á España», como dice tambien el escritor mejicano D. Lucas Alaman, «sin dejar quejosos». Hablando de D. José de Iturrigaray, que le sucedió en el mando, D. Carlos María de Bus-

que por ley estaba ordenado que dejase cada gobernante al que le sucedia en el mando. De esta manera el nuevo virey tenia luminosos datos de que partir y una guia imparcial de que valerse para proceder con acierto en las disposiciones que dictaba. Esas Instrucciones en que cada gobernante se veia precisado á dar cuenta del estado en que dejaba el país y lo que durante su gobierno habia hecho, son un monumento que está testificando la conducta honrosa observada por ellos y el empeño que siempre tuvieron en el adelanto de cuanto constituia el bien de la sociedad.

tamante dice, que «mostró notable actividad en los reparos de la famosa obra del desagüe de Méjico»; que «frecuentemente la visitaba, activaba los trabajos»; que «á la vez tomaba la azada para dar ejemplo exponiendo su vida», y que Méjico debió entonces á él «haberse visto libre de inundaciones». Añade luego que se manifestó enérgico y digno con los norte-americanos; «que arregló los obrajes de paños y bayetas de Querétaro»; cortando los abusos de algunos fabricantes con sus operarios, lo cual «le hará honor en todos tiempos». Sin embargo, «yo no apruebo en todo», añade, «la conducta de Iturrigaray; conozco los graves defectos de su administracion, uno de los cuales es la venta escandalosa de los empleos que hizo, en la que apenas tomó el décimo, y lo demás los que trataron á su nombre». Con efecto, Iturrigaray era activo, laborioso, inteligente, de buen corazon, afable; pero muy deseoso de hacer un buen capital. De D. Pedro Garibay, que entró á gobernar interinamente y que solo estuvo en el poder desde el 16 de Setiembre de 1808 hasta el 19 de Julio de 1809, ningun historiador se ha ocupado en censurar su conducta ni en alabarla. Fué un hombre bueno, y nada mas. Del arzobispo virey D. Francisco Javier de Lizana que sucedió á Garibay, dice D. Carlos María de Bustamante que «su nombramiento fué bien recibido»; que «se le vió como á un ángel tutelar de aquella parte de la América, y como un promediador en todas las desazones»; que «habia servido con fidelidad, celo y desinterés; y tanto que habia cedido los sueldos de virey». De D. Francisco Javier Venegas que entró á gobernar en 14 de Setiembre de 1810, la vispera de darse el grito de independenciam por el cura Hidalgo, se expresa en los siguientes términos el historiador mejicano D. Lucas Alaman: «Juzgando con la imparcialidad que el transcurso del tiempo y la variacion de circunstancias permiten, la justicia exige que se diga,

Esas Instrucciones son el espejo en que se reflejan los sentimientos de aquellos gobernantes que no podían engañar al que les sucedía, puesto que éste hubiera desmentido la menor falsedad, respecto á toda mejora que no fuese cierta que existía al recibir el mando. Que los escritos de esos vireyes merecen entero crédito y fé, se ve por la seguridad que manifiesta el activo escritor mejicano D. Carlos María Bustamante en asentar algunos importantes hechos de los que refiere en el *Suplemento á los Tres siglos de Méjico*, «descansando», dice, en datos de esa naturaleza, «porque el gobierno de los vireyes siempre habló la verdad á su soberano, y se habría guardado muy

que fué hombre de grande integridad, mérito que le reconocen aun sus mas acérrimos enemigos: no solo no empleó ninguno de los medios abusivos de enriquecer introducidos por Iturrigaray, sino que ni aun recibió aquellos regalos autorizados por la costumbre, y así es que volvió pobre á España, necesitando que sus amigos le facilitasen auxilios para hacer el viaje. Asiduo en el trabajo, no descansaba en el despacho de los negocios ni en las horas mas incómodas de la noche, sin tener nunca mas distraccion que algun rato de paseo por la tarde. La guerra le dió poco lugar á consagrarse al desempeño de las atenciones ordinarias de su empleo; pero en cuanto pudo no las descuidó, tomando empeño en la conservacion y propagacion de la vacuna y en algunos ramos de policia, siendo indubitable que, en circunstancias menos funestas, habría sido uno de los mejores vireyes que hubiera tenido la Nueva España». Aun Don Carlos María Bustamante, no obstante el resentimiento que abrigaba contra él, por haber sido el obstáculo contra la independéncia, pero amante de pagar tributo á la justicia, dice hablando del mismo Venegas: «que no tenía con que hacer el viaje» para volver á España cuando entregó el baston de virey, «pues fué hombre puro de manos: todo el tiempo lo pasó en el despacho, y apenas tenía idea de la ciudad, pues solo la paseaba una ú otra noche en que hacia, embozado, sus excursiones por ella. A nadie robó nada, y entre los actos de justicia seca que hizo, se cuenta la separacion de un magistrado de Caracas, que habiendo venido á Méjico, fué agregado á la junta de seguridad, por ha-

bien de faltar á ella». «No son sus relaciones», agrega, «como el bello ideal que nos presentan algunas memorias sobre el estado de prosperidad de nuestra república».

Los vireyes ejercían el mando por espacio de cuatro ó cinco años, que es el período que ocupan el primer puesto de la nacion los presidentes de las repúblicas. Que los vireyes no eran del todo independientes. Aunque representaban la persona del monarca, no por eso eran del todo independientes, pues tenían enfrente de sí las Audiencias, que tenían la administracion de la justicia civil y criminal, que en ciertos casos limitaban su poder, y los Ayuntamientos, estando sujetos además al severo juicio de residencia. Era

berse probado á toda luz el delito de soborno. Creo que si le hubieran cabido tiempos pacíficos, habría gobernado bien, pues amaba las ciencias». A Don Félix María Calleja, le acusa D. Carlos María Bustamante de sanguinario por haber hecho terrible guerra á los que proclamaron la independéncia; pero le concede pericia militar, valor y actividad infatigable. Respecto de la acusacion de sanguinario, otro historiador, mejicano tambien, D. Francisco de Paula de Arrangoiz, disculpándole del cargo, dice: «que no podía obrar de otro modo despues de las sangrientas escenas cometidas por los contrarios al gobierno, en la Alhóndiga de Guanajuato, en Valladolid y en otros puntos contra centenares de indefensos españoles». Del virey D. Juan Ruiz de Apodaca, que sucedió en el mando á Calleja, se expresa así D. Carlos María Bustamante: «Apodaca tenía un corazon recto, un estilo afable y propio para conciliar los ánimos enemistados; era además laborioso y exacto, en tal grado, que puede decirse que trabajaba tanto como su secretario, poniendo muchas veces de su mano las minutas aun de órdenes insignificantes, ó reformándolas. Su familia y casa estaba tan arreglada cual pudiera un monasterio». Respecto de D. Juan O-Donojú, que fué el último virey, no se ha emitido juicio ninguno por no haber ejercido el mando como virey, puesto que llegó en los momentos en que el país entero se hallaba ocupado por las tropas independientes á la cabeza de las cuales se hallaba Iturbide, con quien celebró el tratado de independéncia.